

SIMBOLO DE LA TRAGEDIA

El 19 de julio de 1824, en un oscuro pueblecillo de Méjico, se desplomó D. Agustín de Iturbide. Balas mejicanas acibillaron al autor de nuestra Independencia. La tragedia es un símbolo.

Prosigue a lo largo de una centuria. Y perseveramos.

Perseveramos en negar lo propio para remedar lo ajeno. En repudiar lo que nos engrandece para exaltar lo que nos apoca. En destruir lo auténtico para hechizarnos con lo postizo. En matar lo que nos liberta para glorificar lo que nos sojuzga.

* * *

Es preciso, todavía, pedir sosiego, sensatez, patriótico ejercicio de la razón, para enfocar la personalidad de Iturbide.

No se requiere declarar impecable a un hombre para que sea un héroe. Como todos —y menos que muchos glorificados—, tuvo Iturbide manchas y defectos. Pero importa sentir y destacar lo profundo, lo vertebral, lo definitivo de su obra.

Supo D. Agustín, en un momento crucial de Méjico, ver lo que había de fecundo y veraz en el anhelo de emancipación, limpiarlo de aberraciones y de escorias, unificar lo disgregado o antagónico, sintetizar en una fórmula generosa el alma nacional, conducir un movimiento difícilísimo que culminó en victoria y trazar una ruta de señorío, de autoafirmación y de grandeza.

Todos los contemporáneos de Iturbide —aun aquellos que fueron más tarde sus enconados enemigos— proclaman con unanimidad la gloria de su hazaña, cuyo fácil remate suele esconder lo que hubo de riesgoso y complejo en la acometida.

Iturbide percibió y representó magníficamente la esencia de Méjico, su intimidad orgánica, su continuidad en el ser, el sentido vital de su independencia. No era ruptura estórida con su estirpe y cultura; no era abominar absurdamente de la sangre que nutría sus venas; era llegar a la mayoría de edad y constituir hogar propio, no para ultrajar a los padres, sino para prolongar y enaltecer su progenie.

* * *

Vasconcelos apunta, con observación tan obvia como decisiva, que al independizarse los Estados Unidos, no se dedicaron a expulsar o matar ingleses, sino, al contrario, a proseguir su ruta, para afianzar y aun superar las excelencias adquiridas.

La propia sensatez alentó en el pensamiento de Iturbide cuando puso por fundamental garantía la unión de españoles, criollos, indígenas, mestizos; nada de soberbia racial ni odio suicida. Pero cuando cayó Iturbide y prevaleció la inspiración negadora de él —y de Méjico—, nos dedicamos a la tarea inverosímil de perseguir y desterrar españoles, aunque casados ya en nuestra patria y con hogar mejicano.

Esta monstruosidad fué sólo externa explosión de una anomalía mental. La insinuante, lisonjera, habilidosa, infatigable propaganda contra nuestra propia esencia y en prez de la vecina, hizo que muchos —inexpertos y deslumbrados— creyéranse libertadores y patriotas precisamente cuando laboraban por lo que habría de desfigurarnos, empequeñecernos y supeditarnos a influjos forasteros.

En algunos —así en D. Lorenzo de Zavala, gran adversario de Iturbide—, la cosa remató al cabo, cuando sobrevino lo de Tejas, en traición. Crudamente, y por todos reconocido, en traición a la patria. Otros, sin llegar a tanto,

contribuyeron —percatándose o no— a la tarea desintegradora.

* * *

Iturbide inauguró el Estado mejicano con un régimen que estaba en nuestra tradición, en nuestra costumbre, en la voluntad y en la índole nacional. Régimen unitivo y al propio tiempo afirmador de libertades y derechos.

Ya a estas alturas, nadie que se respete cae en la necesidad de suponer que el Imperio o la Monarquía son incompatibles con la libertad. Inglaterra, Bélgica, Holanda, Suecia, Noruega, Dinamarca, ejemplifican con exceso. Claro que en una República pueden también florecer las libertades. Pero la superstición republicana — que piensa que República significa progreso y lo demás significa atraso, que República implica libertad y lo demás implica tiranía— no es, en efecto, más que superstición.

Esta superstición fué tendenciosamente cultivada por los Estados Unidos. Y Monroe le escribía a Jefferson, el 25 de agosto de 1822, estas palabras reveladoras: «Pronto habrá de abandonar Iturbide la aspiración al Poder hereditario, y de no hacerlo así, será destronado y derrotado.» Extraña seguridad y profecía. Para algo nos había enviado Monroe a Poinsett. Por algo Poinsett se constituyó en adversario de Iturbide y en confidente de conspiradores.

Pero ningún motivo honrado y válido podía invocarse para negar a Méjico la facultad de constituirse como entonces lo pedía el ritmo de la naturaleza y la voz de la nación. Ningún motivo honrado y válido podía apoyar la pretensión de que en toda América hubiese exclusivamente Repúblicas. Esta forma política era, a la sazón, exótica, inadecuada, impopular. Lógicamente, habría de favorecer la desunión perturbadora, la farsa en beneficio de los logreros. Con soberana clarividencia lo anunció Iturbide. Y así fué.

Nuestra experiencia más que secular grita, con evidencia inexorable, cómo la envoltura republicana no nos ha asegurado ni los derechos más rudimentarios, y sí nos ha

otorgado la desintegración, el caos, las tiranías a menudo sangrientas, el totalitarismo con careta de democracia.

Prefiérase, pues —según el caso, la historia y la sazón—, Monarquía o República. Pero no se profiera la insania de que Iturbide quiso constituir el Estado mejicano bajo el signo de la tiranía. No se cometa la ceguera de secundar la intriga antimejicana de aquellos poderes extranjeros que bien sabían lo que hacían al oponerse al régimen unitario, constructivo, genuinamente nacional, del Imperio.

* * *

Como gobernante, puso toda su mira Iturbide en obrar con altura y desinterés, con dignidad y justificación.

Ante todas las cosas, se esforzó por desterrar preveniciones y partidismos; llamó a colaborar con él a los hombres idóneos, sin distinción de grupos; quiso gobernar para todos e instaurar espléndidamente la cohesión nacional.

Su propósito magnánimo se objetivó a menudo; así, en el plenario perdón concedido al general Felipe de la Garza, que se había insurreccionado; el mismo general que más tarde, con patético destino, habría de ser quien lo aprehendiera y entregara a la muerte en Padilla.

Hirvieron miopías y maniobras. El Congreso se convirtió en sistemático entorpecedor de toda fértil tarea; faltó a sus obligaciones primordiales y se dedicó —lo confiesan fray Servando y otros diputados de entonces— a conspirar contra el régimen. Iturbide, con propósito sinceramente constructivo, disolvió al fin el desprestigiado Congreso y conservó la representación nacional en una Junta Instituyente, donde tuvieron sitio sus adversarios: Zavala, Bocanegra, Argáandar, Guridi y Alcocer...

Las intrigas de Poinsett y las sectas acabaron en estallido revolucionario, cargado de insinceridades e ingratitudes. Santa Anna —porque a Santa Anna le debemos el regalo— proclamó un bello día la República, sin saber, por supuesto, con qué se comía eso; el pobre de Guerrero, que había brindado acatamiento fervoroso a Iturbide emperador y re-

cibido de él honores y servicios, fué seducido y se lanzó también; así otros.

Iturbide propuso hablar con los insurrectos, negociar un acuerdo para evitar la guerra fratricida. No lo consiguió. Pero no quiso ser pretexto de la matanza, no quiso que pudiera tildársele de personalista o ambicioso, y tras algunas fluctuaciones cometió su error mayúsculo: el generoso error de abdicar cuando «aún tenía armas y opinión y sus enemigos temblaban en presencia suya», confiesa categórico Zavala.

* * *

Sale a Europa, donde le sigue como sombra la aversión de sus perspicaces enemigos de allá y de sus cegados enemigos de acá. Se alarma por los proyectos —efectivos— de reconquista que en Europa descubre. Piensa volver a su patria para defenderla, lo escribe así al Congreso el 13 de febrero de 1824 y, acuciado por las noticias de debilitamiento y anarquía que de acá le llegan, decide embarcarse sin aguardar contestación. Lo hace el 4 de mayo, y toca playas tamaulipecas el 14 de julio. Trae a su esposa grávida y a dos hijitos pequeños. No puede infundir sospecha ni temor, pues viene sin armas y sin gente.

Ignora, por física imposibilidad de saberlo, que mientras tanto, el 6 de mayo, el Congreso, con la misma sindéresis con que pudiera declararlo habitante de la luna, lo ha declarado «traidor y fuera de la ley» si vuelve a Méjico. Al desembarcar pacíficamente y hablar con el comandante Felipe de la Garza, se entera de la aberración. Hay hondas perplejidades y fluctuaciones en Garza, pero al fin Iturbide es aprehendido, y el Congreso local de Tamaulipas —unos cuantos señores en que prevalecen enemigos suyos y que se arrojan el poder judicial— decide que sea fusilado. Se lo participan el 19 de julio, a las tres de la tarde, para ejecutarlo a las seis. ¡Gran prisa!

No conocía la monstruosa ley, no se le escucha en juicio, no se le concede espera ni recurso. Toda norma de humanidad y civilización se atropella. ¡Hay que matarlo!

Y así cae Iturbide, trágicamente, con sosegada valentía, en la plenitud de los cuarenta años, el cuerpo y el espíritu vueltos a la patria.

* * *

Con Iturbide, con el pensamiento de Iturbide, cayó Méjico.

El quería —en fórmula tan realista como idealista— Religión, Unión, Independencia; en esta triple garantía, que es el triple fulgor de nuestra bandera, estaba la definición de patria, el acatamiento al sentir nacional, la esencia y persistencia de nuestro ser, el camino de nuestra grandeza.

Sus adversarios, inficionados por sutiles y morbosas propagandas, vinieron a fomentar las persecuciones contra la Religión, el desgarramiento de la Unión, el influjo frustrador de la Independencia.

Y así, entre tumbos y reveses, llevamos más de una centuria atormentada. La tragedia de Iturbide se perpetúa. Y es símbolo. Negamos lo que nos engrandece para buscar lo que nos achica. Matamos lo que nos liberta para glorificar lo que nos sojuzga.

ALFONSO JUNCO.

Méjico, 1946.